

La decadencia de la mentira

Una observación

Diálogo

Personas: Cyril y Vivian. **Lugar:** la biblioteca de una casa de campo en el Nottinghamshire.

Cyril (*entrando por la puerta de cristales que da paso a la terraza*).—Querido Vivian, no te pases el día encerrado en la biblioteca. Hace una tarde preciosa. El aire es una delicia. La neblina envuelve el bosque como la suave púrpura de una ciruela. Vamos a tumbarnos en la hierba, a fumar y a gozar de la Naturaleza.

Vivian.— ¡Gozar de la Naturaleza! Celebro decir que tengo del todo perdida esa facultad. Nos dicen que el Arte nos hace amar la Naturaleza más de lo que la amábamos antes; que nos revela sus se-

cretos, y que tras un estudio atento de Corot y Constable vemos cosas en ella que habían escapado a nuestra observación. Mi experiencia personal es que cuanto más estudiamos el Arte menos nos interesa la Naturaleza. Lo que el Arte verdaderamente nos revela es la falta de plan de la Naturaleza, sus curiosas tosquedades, su extraordinaria monotonía, su estado absolutamente inconcluso. La Naturaleza tiene buenas intenciones, por supuesto; pero, como dijo Aristóteles, no sabe hacerlas realidad. Cuando yo miro un paisaje no puedo por menos de ver todos sus defectos. Sin embargo, para nosotros es una suerte que la Naturaleza sea tan imperfecta, porque si no fuera así no tendríamos arte. El arte es nuestra protesta enérgica, nuestro intento valeroso de enseñarle a la Naturaleza cuál es su sitio. En cuanto a su infinita variedad, es puro mito. No se encuentra en la Naturaleza misma. Reside en la imaginación, o fantasía, o ceguera cultivada del que la contempla.

Cyril.— Bueno, pues no mires el paisaje si no

quieres. Puedes tumbarte en la hierba a fumar y charlar.

Vivian.— ¡Es que la Naturaleza es tan incómoda! La hierba está dura y húmeda, llena de bultos y de horribles insectos negros. Hasta el más mísero obrero de Morris¹ sabría hacerte un asiento más cómodo que el que es capaz de hacer la Naturaleza en pleno. La Naturaleza palidece ante el mobiliario de «la calle que de Oxford tomó el nombre», como expresó vilmente ese poeta que tanto te gusta. No me quejo. Si la Naturaleza hubiera sido cómoda, la humanidad no habría inventado la arquitectura, y yo prefiero las casas antes que la intemperie. En las casas nos sentimos proporcionados. Todo se subordina a nosotros, todo está hecho para nuestra utilidad y nuestra satisfacción. Hasta el egotismo, tan

¹ William Morris (1834-1896), poeta, diseñador, artista y reformador social inglés, inspirador del movimiento Arts and Crafts y fundador de una empresa de artes decorativas en la que colaboraron con él Rossetti, Burne-Jones y otros artistas del grupo prerrafaelista.

necesario para una idea cabal de la dignidad humana, es enteramente resultado de vivir bajo techo. A la intemperie uno se vuelve abstracto e impersonal. Su individualidad le abandona. ¡Además, la Naturaleza es tan indiferente, tan desdeñosa! Yo, cada vez que doy una vuelta por ese parque, siento que no le importo más que el ganado que se apacienta en la ladera o la bardana que florece en la cuneta. Nada más palpable que el odio de la Naturaleza a la Mente. Pensar es la cosa más insana del mundo, y hay gente que se muere de eso como de cualquier otra enfermedad. Afortunadamente, en Inglaterra al menos el pensamiento no es contagioso. La espléndida constitución de este pueblo se debe enteramente a la estupidez nacional. Yo espero que sepamos conservar por muchos años ese gran bastión histórico de nuestra felicidad, pero temo que estemos empezando a instruirnos en exceso; por lo menos, todo el que es incapaz de aprender se ha puesto a enseñar, y en eso consiste realmente nuestro fervor educativo. Pero tú ahora vuélvete a tu insulsa e incómoda Naturaleza, y a mí déjame que corrija estas pruebas.

Cyril.— ¡Conque escribiendo un artículo! No es muy congruente con lo que acabas de decir.

Vivian.— ¿Y quién pretende ser congruente? El obtuso, el doctrinario, la gente insoportable que lleva sus principios hasta el vergonzoso extremo de la acción, hasta la *reductio ad absurdum* de la práctica. Yo no. Yo, como Emerson, escribo sobre la puerta de mi biblioteca la palabra «Antojo»². Además, mi artículo no es sino una advertencia saludable y valiosa. Si encuentra eco, puede haber un nuevo Renacimiento del Arte.

Cyril.— ¿De qué trata?

Vivian.— Pienso titularlo «La decadencia de la mentira. Una protesta».

Cyril.—¿De la mentira? Yo creía que nuestros políticos mantenían a alto nivel esa costumbre.

Vivian.— Te aseguro que no. No se elevan más allá de la tergiversación, e incluso se rebajan a demostrar, discutir y argumentar. ¡Qué lejos de lo

² Ralph Waldo Emerson (1803-1882) en el ensayo «Self-Reliance» (*Essays*, primera serie, publ. 1841).

que es el verdadero mentiroso, con sus afirmaciones francas e intrépidas, su soberbia irresponsabilidad, su sano y natural desprecio de toda clase de pruebas! En el fondo, una buena mentira ¿qué es? Sencillamente la que constituye su propia prueba. Si uno es tan falto de imaginación como para aducir pruebas en apoyo de una mentira, tanto da que diga la verdad sin rodeos. No, los políticos no sirven. Algo se podría decir, quizá, de la abogacía. El manto del Sofista se ha tendido sobre sus miembros. Sus fingidas vehemencias, su retórica irreal son deliciosas. Saben hacer pasar por mejor la causa peor, como si acabaran de salir de las escuelas leontinas³, y se les ha visto arrancar de jurados remisos el veredicto triunfal de la absolución para sus clientes aunque éstos fueran, como a menudo son, clara e inequívocamente inocentes. Pero se instruyen en lo prosaico y no les da vergüenza aducir precedentes. A pesar de sus esfuerzos, la verdad acaba

³De Leontini (Sicilia), patria del sofista Gorgias (h. 480-380 a. C.).

por brillar. Hasta los periódicos han degenerado. Ahora son absolutamente de fiar. Se nota cuando uno se sumerge en sus columnas. Siempre lo soporífero es lo que sucede. Temo que no haya mucho bueno que decir ni del abogado ni del periodista. Aparte de que lo que yo defiendo es la Mentira en el arte. ¿Te leo lo que he escrito? Podría hacerte mucho bien.

Cyril.— Desde luego que sí, si me das un cigarrillo. Gracias. Por cierto, ¿para qué revista es?

Vivian.— Para la *Revista Retrospectiva*. Creo haber-te dicho que la habían resucitado los elegidos.

Cyril.— ¿A quién te refieres al decir «los elegidos»?

Vivian.— A quién va a ser, a los Hedonistas Cansados. Es un club al que pertenezco. Nos reunimos con una rosa marchita en el ojal, y celebramos una especie de culto a Domiciano⁴. Temo que tú no po-

⁴El emperador romano Domiciano (51-96), de quien dice Suetonio en su *Vidas de los doce Césares* que pasaba las horas cazando moscas.

drías entrar. Eres demasiado aficionado a los placeres sencillos.

Cyril.— ¿Crees que me rechazarían por exceso de vitalidad?

Vivian.— Seguramente. Además, eres un poquito mayor. No admitimos a nadie de edad normal.

Cyril.— Bueno, seguro que os aburrís mucho unos con otros.

Vivian.— Así es. Ése es uno de los fines del club. Ahora, si prometes no interrumpirme a cada paso, te voy a leer mi artículo.

Cyril.— Seré todo oídos.

Vivian (*leyendo en voz muy clara*).—«La decadencia de la mentira. Una protesta.» Una de las principales causas a las que cabe atribuir el carácter curiosamente insustancial de casi toda la literatura de nuestra época es sin duda la decadencia de la Mentira como arte, ciencia y placer social. Los historiadores antiguos nos dieron deliciosas ficciones en forma de hechos; el novelista moderno nos presenta hechos insulsos bajo guisa de ficción. El Libro Azul se está convirtiendo a grandes pasos en su

ideal de método y estilo⁵. El novelista tiene su tedioso *document humain*, su pequeño y miserable *coin de la création*, y lo examina al microscopio. Se le encuentra en la Librairie Nationale o en el British Museum documentándose sobre su tema sin vergüenza. No se atreve ni a robar las ideas de otros: para todo se empeña en acudir directamente a la vida, y entre las enciclopedias y la experiencia personal acaba hundiéndose, una vez que ha dibujado sus tipos a partir del círculo familiar o de la lavandera semanal, y adquirido una porción de datos útiles de los que ya jamás, ni en sus momentos más meditativos, podrá liberarse del todo.

La pérdida que resulta para la literatura en general de este falso ideal de nuestro tiempo es incalculable. La gente dice, hablando con descuido, “un mentiroso nato”, como dice “un poeta nato”. En ambas cosas se equivoca. La mentira y la poesía

⁵ *Blue Book*, por el color de la cubierta: nombre genérico de las publicaciones oficiales de los informes y otros documentos del Parlamento inglés.

son artes; artes que, como supo ver Platón, no carecen de parentesco, y que requieren el estudio más atento, la entrega más desinteresada. De hecho tienen su técnica, lo mismo que las artes más materiales de la pintura y la escultura tienen sus secretos sutiles de forma y color, sus misterios del oficio, sus métodos artísticos deliberados. Así como se descubre al poeta por su fina música, así se conoce al mentiroso por su elocución rica y ritmada, y ni en un caso ni en otro basta la inspiración fortuita del momento. En esto como en todo, no se llega a la perfección sin la práctica. Pero en los tiempos que corren, mientras que la moda de escribir poesía se ha extendido demasiado y habría que desalentarla en lo posible, la moda de mentir casi ha caído en oprobio. Más de un joven hay que parte en la vida con un don natural de exageración que alimentado en un ambiente congenial y propicio, o a través de la imitación de los mejores modelos, podría alcanzar un florecimiento grande y maravilloso. Pero por regla general no llega a nada. O contrae hábitos descuidados de exactitud...»